

Boxeo, cine, literatura y periodismo. La profecía auto cumplida o el estereotipo como destino fatal de los pugilistas.

David Leonardo Quitián Roldán.

Cita:

David Leonardo Quitián Roldán (2009). *Boxeo, cine, literatura y periodismo. La profecía auto cumplida o el estereotipo como destino fatal de los pugilistas. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1921>

Boxeo, cine, literatura y periodismo

**La profecía auto cumplida o el estereotipo
como destino fatal de los pugilistas**

Por: David Leonardo Quitián Roldán

**Universidad Pedagógica Nacional y Asociación Colombiana de
Investigación y Estudios Sociales del Deporte, ASCIENDE
quitiman@yahoo.es**

Es irrefutable: los deportes, con rarísimas excepciones, son puro espectáculo. Su desarrollo es la puesta en escena soñada por los primeros cultores circenses, predecesores de los ejecutivos de la industria del entretenimiento (*star system* incluido), pero también por los mecenas del medioevo, abuelos de los promotores, apoderados y *managers* de los “artistas” (deportistas incluidos) de hoy día. El deporte como obra teatral, como impostación y como sucedáneo de la existencia humana: la “vida como un partido y el partido de la vida”/ “El combate de la vida”/ “El juego de la vida”. El deporte como pieza televisiva y como guión cinematográfico: el *rating* como termómetro de la pasión; *no existe nada* por fuera de la TV y *para qué vivir* si no es en horario Triple A. El deporte

como tema literario y como asunto de novela: comedia y tragedia cohabitan en cualquier *match*; ahora se es villano y más adelante héroe. Se vive y se muere en un round, en un *game*, en un set, en una partida. De eso trata la literatura.

El deporte como titular de prensa y como noticia del día, de la semana, del mes y del año... como mercancía noticiosa; como “la noticia”, como la “única noticia”. El deporte como tema importante de la cotidianidad; como “único tema”, “éter” del diario vivir para un significativo porcentaje de la población mundial. La vida en cuerpo ajeno; en el cuerpo de otros (los deportistas), la vida teleológica y vicaria; la vida “tomada de manera deportiva”; la vida deportivizada... ¿Estamos ante una banalidad que, como muchas otras, se aprovecha del aire despreocupado de la posmodernidad? El deporte como banalidad que corre el riesgo de banalizarse en su estudio (Alabarces, 2004).

¿Desde cuando la banalidad interesa al escrutinio académico? ¿Por qué ahora el fenómeno deportivo es objeto de estudio sociológico y antropológico? Una de dos: las ciencias sociales se están banalizando ó hasta los temas superfluos son de incumbencia de los científicos sociales. Si lo primero fuera cierto, quedarían vetados todos los temas *blandos* –“géneros menores” como los llama Eco (1973)- y tendríamos que circunscribirnos a los “temas de siempre” que nacieron con las disciplinas sociales. Deporte, cocina, sexualidad y moda serían temas tratados sólo por la literatura, el cine y el periodismo que desde siempre han visto en esos temas un filón para alimentar a sus audiencias.

El deporte es totalmente susceptible a las turbas de seguidores y aficionados; a los insólitos records de sintonía; a la mercadotecnia y al marketing. A los fetiches de souvenir, pero también a la idolatría de sus fugaces figuras que, como dice Villoro, son “estrellas mediáticas que juegan sólo cuando tienen tiempo” (2005: 14). Antes fueron los Best y los Maradona; luego los Batistuta y los Ronaldo y hoy los Beckham, los Kaká y los Cristiano Ronaldo. El deporte como show, como número principal del espectáculo diario; por eso su familiaridad con las cámaras, los flashes y las primeras planas de periódicos; por eso su omnipresencia en las páginas de inicio de Yahoo, Gmail, Hotmail, entre otros portales de internet y de ahí la cifra inconmensurable de búsquedas suyas en Google y de descargas en YouTube. Varios elementos conspiran en favor de esta ocurrencia; no obstante,

por una serie de factores que tienen que ver con su rápida y efectiva difusión, lo sencillo de su práctica, la versatilidad de su juego y la poderosa metáfora que entraña; elementos que ayudaron a su popularización (lo cual fue un triunfo de plebeyos y desclasados), el fútbol es el amo y señor de su grey. Condición reforzada con su fácil televisación que contribuye a su vigencia, alienta su continua comunicación con la masa y estimula el rítmico timbre de las cajas registradoras que pitan cada vez que rueda la pelota en los estadios del planeta.

¿Pero solamente el balompié concita todas esas vanidades y excesos? ¿Sólo el deporte regentado por FIFA produce un sinnúmero de expresiones que van más allá de sus réditos monetarios? ¿Sólo el fútbol inspira al séptimo arte y al mundo de las letras? ¿Sólo la buena crónica periodística se nutre de tacos, pases y goles? ¿Sólo la academia se ha ocupado del fútbol –y su fenómeno de hooligans y barras bravas- descuidando a los *otros* deportes? Esta ponencia es un intento de mirar para otro lado dentro “del campo de investigación social del deporte”.

Un asalto al deporte del encordado

Si tuviésemos que escoger un “deporte oscuro”, casi un antideporte, el boxeo sería serio aspirante a título. Razones sobran: el Noble Arte ronda el límite de lo “eminente deportivo” ya que no logra sublimar la violencia que, por principio, exorcizan los deportes. En el deporte de las narices chatas y las orejas de coliflor los practicantes se pegan de verdad- verdad y “la presencia de la muerte” está latente todo el tiempo como se ve en el hecho de que el vencedor, el que somete al adversario, algunas veces de manera fatal y casi siempre mediante asesinato simbólico, lo hace a través de esa muerte de 10 segundos que es el nocaut ¿Más razones? Las hay: desde antes de que el Marqués de Queensberry lo reglamentara a mediados del siglo XIX, se asocia al box con apuestas y mafia. Con el malevaje y con lo que el argot popular bautizó como “el bajo mundo”, patentizado en los filmes “Nido de ratas” (1954) y “Toro Salvaje” (1980). Es más: el boxeo era despreciado por la aristocracia europea del diecinueve y principios del veinte, que lo consideraba “propio de salvajes”; amén de ser una práctica ilegal como lo ilustra Conan Doyle en sus “Relatos de cuadrilátero” (2007).

El boxeo como una “desviación estándar” del deporte; como una práctica indecente e inmoral y como una actividad sospechosa se instaló con esa negativa percepción en el imaginario público de ciertas sociedades y en el seno de ciertas capas de otras sociedades que no lo rechazaron del todo ¿Por qué no hay peleadores suizos ni suecos? ¿Por qué nunca sale un boxeador de un estrato socioeconómico alto? Son preguntas reveladoras. Otro indicador de la apreciación del oficio de Epeo y Eurialo⁸ como “políticamente incorrecto” es la ejemplificada por el diario El País de España que prohíbe a sus periodistas publicar noticias sobre el mismo al considerar que “es una actividad sórdida y por ello renuncia a recoger noticias que puedan contribuir a su difusión” (1980: 12).

Box en letras de molde

Surge, entonces, el interrogante ¿qué fue primero: el boxeo o su mala imagen? Galimatías de similar dificultad al del huevo y la gallina, pero no del todo irresoluble. Es de Perogrullo que a la modernidad arribó con el aire idílico de Homero y Virgilio, gracias a sus románticas descripciones en la *Ilíada* y *La Eneida*. De ellas se desprende la valentía como una virtud moral, la fuerza como un don del carácter y el honor como el mejor de los destinos. También el *pankration* llegó a la Inglaterra victoriana (madre de casi todos los deportes) con el aura heroica que le imprimió el poeta Lord Byron (1788- 1824) quien –además de oficiante- fue, junto con Sir Conan Doyle⁹, uno de sus principales difusores. La corrupción empezó cuando se convirtió en un problema de orden público en el Londres del XIX: se armaban multitudinarias romerías, en cualquier esquina, para presenciar las peleas celebradas sin ningún límite ni control, lo cual propició su proscripción legal, que exacerbó la informalidad con todas las consecuencias delincuenciales antes señaladas.

Con la invención del round (vueltas de tres minutos, con un minuto de descanso) y con la inclusión del árbitro en 1867, el boxeo ganó en humanidad lo que perdió en prestigio. Ya el daño estaba

⁸ En canto XXIII de la *Ilíada* hace la primera narración documentada de un combate de pugilato entre dos soldados griegos.

⁹ El célebre detective, Sherlock Holmes, tenía entre sus aficiones el pugilato.

hecho y su imagen era irreparable. A ese acervo contribuyeron los escritores y los periodistas, en una primera instancia, y los cineastas después. Todos ellos se valieron del dramático deporte para crear un producto inmejorable: la historia de un don nadie que a punta de “golpes del destino” (filme de Clint Eastwood, 2004) ganaba la gloria “En cuerpo y alma” (cinta de George Bowers, 1981). Autores como Ignacio Aldecoa, Jack London, William Faulkner, Hemingway, Cortázar, Mailer, William Hazlitt, Ring Lardner, Gay Talese y Fontanarrosa aportaron cimientos al aire mítico del box, escenificando dramas de personajes sospechosamente ficticios como “El Amo de Croxley”, “Tom King”, “El Mexicano Rivera”, “Paco Young Sánchez”, “Midge Kelly”, “Jack Brennan”, “Ole Andreson”, “Ad Francis”, “Robert Cohn”, “Torito”, “Roberto Esteban”, “Rafael Montalbán” y en el ámbito nacional: Celestino Estévez (“Kid Ligero”) y Javier Durango (“El Flecha”). También recrearon figuras iconográficas de talla mundial como John Sullivan, Jack Dempsey, Luis Ángel Firpo, Joe Louis, *Jake* la Motta, Mantequilla Nápoles, Carlos Monzón, *Sugar* Ray Robinson, Georges Foreman, el gran Muhammad Alí, “Mano de Piedra” Durán, Mike Tyson y “Kid” Pambelé.

Personajes que se debaten todo el tiempo en el límite de lo agónico; agónico en el sentido griego de competencia, que implica imponerse, pero también del *eros* y el *tánatos*, de la vida (el amor) y la muerte. De allí que la expresión “agónico” también aluda preludio de muerte: estar agonizando es estar muriendo. Pero el pugilato es más que fascinación de muerte, es presencia de *alea* (suerte); es invocación de azar: en ocasiones, la única diferencia entre perder y ganar: morir o vivir, puede estar en un golpe. Así se vaya perdiendo la pelea, siempre habrá el chance de una mano imprevista, de un *jab* bien dado, guiado por la diosa fortuna, que cambie decisivamente y a veces de manera rotunda, no sólo el rumbo del combate (como tantas veces ocurrió —por intervención divina— en el asedio a Troya), sino de la vida misma.

Nocaut en 16 milímetros

Pero no sólo la literatura aeróbica y anaeróbica (novela y periodismo) construyeron un relato atractivo para las mayorías al explotar los encantos mediáticos del cliché; el cine también hizo lo suyo con un agravante: usó a los propios boxeadores como actores de sus propias vidas (alter egos

propios) y de las de colegas del pasado y el presente: Joe Louis, Joe Frazer, “Mano de Piedra” Durán, Tommy Morrison personificaron deportistas de su estirpe, lo que produjo una perversa inversión de roles: Will Smith y Denzel Washington confesaron que varios fanáticos los abordaron para felicitarlos por sus peleas ganadas en “Alí” y el “Huracán” (películas de Muhammad Alí y Rubin Carter, respectivamente) y Sylvester Stallone (tal como lo hiciera Alí en “Atlanta 1996”), portó la llama olímpica (homenaje reservado casi exclusivamente a deportistas) por sus papeles en la saga de “Rocky”, en los previos de “Atenas 2004”. En todas las películas (de autores como Chaplin, Elia Kazan, Hickcock, Scorsese, etc.) se refuerza la plástica del pegador analfabeta surgido del barrio pobre; del boxeador que se hace con sacrificio y que al superarse a sí mismo, es capaz de derrotar a todos los rivales para quedarse con la gloria. Del púgil del suburbio al de Las Vegas. Todo un cuento hollywoodense, con sello de cuento de hadas de Disney, que siendo un artificio, un constructo de industria cultural, no deja de insinuar realidades que tiene en el caso colombiano un inédito existir: aquí la estereotipia parece copiar la realidad como ya veremos.

Estereotipo contra las cuerdas

Ese contexto desvalido por un lado y de sordidez, por el otro, debe ser, con toda seguridad, el que hizo que en ciertos países, incluida Colombia, el boxeo se consolidara como un deporte marginado y marginal. Exótico en el mejor de los casos; un práctica para excluidos, relegados y desclasados. Esa es la causa para que el box no fuese nacional y para que en aquellos lugares dónde la censura social fuese menos fuerte, se dejara para “los brutos” como lo sugiriera Borges al sentenciar: “Los boxeadores no pierden el cerebro en el ring, posiblemente antes de subir tampoco lo tienen” (Borges en Quitián, 2009: 76).

En Colombia el boxeo es de la Costa¹⁰, es decir de las márgenes del país. Sin embargo, es más del litoral Caribe (Atlántico) que del Pacífico. Los “costeños” son los mejores exponentes del “arte de desmadrarse entre las doce cuerdas” (Carrera, 2005: 27)¹¹ al que aludía Ricardo Garibay en “Las

¹⁰ En Colombia “Costa” es indicativo de Caribe- Atlántico. Los “costeños” son los de ese litoral, por lo que referirse a los habitantes de la otra orilla marítima implica agregarle el dato geográfico “del Pacífico”.

¹¹ Otra buena definición de boxeo, del mismo Garibay es: “no hay más arte que colocar un chingadazo entre quijada y madre” (Cf. <http://ficticia/librería/reporte.php?ID=171&I> consultado el 20/03/2009).

glorias del Gran Púas” (1978). Como se sabe, esa región geográfica tiene un alto índice de población afrodescendiente y cómo lo evidencian las cifras institucionales (Dane, 2003), los departamentos caribeños están por encima del promedio nacional en niveles de pobreza y miseria. Igualmente, la tasa de alfabetismo todavía no alcanza el 90%¹² pese a los ingentes esfuerzos oficiales. No obstante, contra todos los pronósticos, el Caribe es pródigo en buenos deportistas¹³, especialmente el beisbol, el fútbol y el boxeo. Con *la pelota caliente* se obtuvo el primer triunfo deportivo de escala internacional: el campeonato mundial en 1947. El Club de fútbol Atlético Junior es casi un tótem del Atlántico, el oncenio es “la querida de Barranquilla”¹⁴ y su estadio todavía es llamado “casa de la selección”. Además, de sus tierras son “El Caimán” Sánchez, “El Pibe” Valderrama y “El Bombardero” Valenciano: el primer jugador en ser transferido a Argentina, el mejor jugador de todos los tiempos y el goleador histórico de la liga local, respectivamente.

Pero ni beisbol ni fútbol, como tampoco el ciclismo¹⁵, han producido lo que el boxeo: 33 campeonatos mundiales hasta la fecha y el mérito de ser el primero en lograr un campeonato mundial profesional para Colombia. Fue un 28 de octubre de 1972 cuando un colombiano se proclamó monarca de las 140 libras de la AMB; efemérides que se recuerda con júbilo en la patria chica del héroe de esa gesta: Pambelé, oriundo del primer asentamiento cimarrón de América, San Basilio de Palenque. Población de esclavos africanos e hijos suyos nacidos en la Nueva Granada, que se emanciparon y fundaron un caserío en el siglo XVI; auténtico pueblo de boxeadores que está a dos horas de camino desde Cartagena de Indias, ciudad con la que suma 23 fajines universales de boxeo en distintas federaciones y divisiones. San Basilio y la “Heroica” son Patrimonio Inmaterial de la Humanidad.

Al escrutar a los campeones y al tender una mirada sobre las legiones de practicantes del boxeo de distintas categorías y divisiones, nos damos cuenta de que el estereotipo negativo que arrastra el box desde antaño, tiene una singular versión en Colombia y se expresa como imperiosa ley de vida en la Costa Caribe: todos –o casi todos, para ser justos- son negros, analfabetas, pobres (basta una

¹² Cf. / Semana.com/ Carátula Costa Atlántica/ mayo 2007.

¹³ El presidente Alfonso López Michelsen decía que “las murallas de Cartagena dan sombra a jugadores de *baseball* y a campeones mundiales, como si estuvieran provistas de una veta colosal” (Porto, 1978: 17).

¹⁴ Expresión acuñada por Álvaro Cepeda Samudio.

¹⁵ El ciclismo, como dicen los periodistas, “ha bañado de gloria al deporte colombiano”. Basta ver las gestas de “Cochise” Rodríguez y de Lucho Herrera que hicieron que el “deporte de la bielas” fuera considerado, por el Congreso de la República, junto al tejo, como “Deporte Nacional”.

visita a los gimnasios de Cartagena, San Basilio, Barranquilla, Santa Marta, Montería, Sincelejo, Lórica y San Onofre, entre otras) y, de contera, provincianos, lo cual marca una segregación con “el interior” (los *cachacos* de la capital) y una discriminación entre los propios provincianos: ¡Son costeños! ¡Los brutos a los que se refería Borges! Toda una paradoja recogida por la literatura local en “El Flecha”, cuento de David Sánchez Juliao (1981) y en textos de Nuevo Periodismo como el de Alberto Salcedo Ramos (2005) dónde se exalta al boxeador “Pachanga”: una mezcla de pícaro español con *jeitibno* carioca. En dónde se ve al púgil que “llega” o que “lo intenta” como al verdadero héroe local.

Decimos paradoja porque sugiere que el lustre que nuestro país ha logrado en términos atléticos lo prodigan zonas relegadas política y culturalmente por el *establishment* del centralismo de Bogotá¹⁶. Pero no sólo eso: la dispensan habitantes, escasamente considerados ciudadanos, del “Corral de negros de Chambacú” (1963) para decirlo en términos del escritor Zapata Olivella. Personajes con la melanina al 100%, sin dinero en los bolsillos y que apenas sabían deletrear su nombre. Situación comparable, en lo político, con los atletas afroestadounidenses, las “panteras negras” (los Black power), de los Olímpicos de México 70, pero que reviste otras características *sui generis* de lo que significa “ser colombiano”. Algunas de ellas son la individualidad (casi nunca se obtienen triunfos deportivos por equipos), el inmediatismo y el privilegio del talento innato (casi todos los campeones triunfan por atributos de cuna) en desmedro de trabajos sistemáticos, de largo plazo.

El mismo *Pambe* lo pone en términos crudos: “*Si yo hubiera nacido rico, con seguridad hoy sería ingeniero, doctor, abogado, o algo así?*” frase englobada en lo que la gente llama la “filosofía pambeleana”, que reza, “es mejor ser rico que ser pobre”. Entonces, para ser buen boxeador, siquiera para ser boxeador ¿se requiere ser negro, pobre, analfabeta y costeño? Parece que la lógica es la contraria ¡Todo buen boxeador lo es porque es negro, pobre, analfabeta y costeño! El orden de los factores, ya lo advertía Levis Strauss, si afecta el producto. La profecía se auto cumple y el estereotipo corre detrás de la realidad para que no se le escapare sin antes hacerle una copia.

¹⁶ Dos hechos más alimentan esta tesis: el mayor logro de las letras colombianas (el Nobel) y el único oro olímpico, fueron obtenidos por dos costeños (ambos pobres, uno de ellos negro): uno del Caribe y otro del Pacífico; García Márquez en Estocolmo, 1982 y María Isabel Urrutia, en “Sídney 2000”.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo. 2004. Entre la banalidad y la crítica: perspectivas de las ciencias sociales sobre el deporte en América Latina, En: Memoria y civilización. Anuario de Historia de la Universidad de Navarra, Vol. 7.
- Conan-Doyle. 2007. Relatos de cuadrilátero. Editorial Caridad. Buenos Aires.
- Eco, Umberto. 1973. Diario Mínimo. Barcelona: Ediciones Península.
- Encuesta de Calidad de Vida. 2003. Bogotá: Dane.
- Garibay, Ricardo. 1978. Las glorias del Gran Púas. México: Grijalbo.
- Homero, 1973. "Canto XXIII", En: La Ilíada. Bogotá: Carvajal.
- Manual de estilo del Diario El País de España. 1980. En <http://www.scribd.com/doc/977969/Periodismo>
- Porto, Ariza Melanio. 1978. Rocky Valdéz: el cóndor del ring. Bogotá: Plaza & Janes.
- Quitián, David. 2009. La sobrecogedora experiencia de ser boxeador en Bogotá: un ejercicio etnográfico en el mundo de las narices chatas. Tesis de maestría. Bogotá. Universidad Nacional.
- Salcedo Ramos, Alberto. 2005. El Oro y la Oscuridad. La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé. Bogotá: Debate.
- Sánchez, Juliao David. 1981. *Abraham al humor, El Pachanga y El Flecha*. Bogotá: Tiempo Americano.
- Villoro, Juan. 2005. Dios es redondo. México: Planeta.
- Virgilio. 2004. La Eneida. Bogotá: Panamericana.
- Zapata Olivella, Manuel. 1963. Chambacú: corral de negros. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- **Películas citadas**
- Nido de ratas (On The Waterfront) (1954). Director: Elia Kazan.
- Toro Salvaje (1980). Dirección: Martin Scorsese.